

lizo. Mi esposo no se desesperará. Y me veré libre de su compañía por algunas horas.

Entramos en un restaurant, á la orilla del agua, y nos metimos en un gabinete particular.

Ella se alegró con Champagne, cantó, estuvo graciosísima; hizo toda clase de locuras... Y, al fin, la mayor de todas.

Así gocé por vez primera las delicias del adulterio.



LA CONFESIÓN

MARGARITA de Thérèlles agonizaba. Sólo tenía cincuenta y seis años, aunque representase más de setenta. Bañado su rostro con una palidez mortal, estremecida por temblores incesantes, inquieta y angustiada, con los ojos aterrados y las facciones descompuestas, indicaba claramente que algún horrible pensamiento la poseía.

Su hermana mayor, Susana, que la llevaba seis años, de rodillas á los pies del fúnebre lecho, contenía lágrimas y sollozos.

Sobre una mesita cubierta con una toalla, lucían dos velas: todo estaba dispuesto para el Viático y el confesor no se haría esperar mucho.

Presentaba la alcoba el triste aspecto que ofrecen las habitaciones donde hay un moribundo. Señales de una cruel é inevitable despedida; el desorden y

el espanto; medicinas tiradas en todos los rincones, almohadas y sillas revueltas, como si también sintiesen el terror de la familia, como si huyesen á la muerte, que acecha, oculta en lo más recóndito y obscuro.

La historia de las dos hermanas era verdaderamente conmovedora y tierna. En otro tiempo, su relato hizo derramar abundantes lágrimas.

Susana, la mayor, había querido con apasionamiento loco en su juventud á un hombre, que sentía también adoración por ella. Se formalizaron las relaciones, fijaron la fecha de la boda y se hicieron todos los preparativos de rúbrica. Poco antes de que llegara el día señalado, el joven Enrique de Sampierre murió de repente.

Horrible fué la desesperación de Susana, que juró al cadáver de su prometido fidelidad eterna.

Y así fué: no quiso casarse, ni admitió siquiera las galanterías de sus pretendientes. Llevó luto constantemente, como una viuda inconsolable.

Su hermana Margarita, que tenía entonces trece años, un día se arrojó en brazos de Susana, diciéndole:

—Yo te prometo acompañar tu dolor; nunca me apartaré de tí, ¡nunca! ¡nunca! Renuncio también á casarme; no quiero casarme; sólo quiero llorar con-

tigo, llorar mientras llores, toda la vida, ¡siempre! ¡siempre!

Susana la besó con mucha ternura, y agradeciendo aquella muestra de cariño, no creía posible que la niña cumpliera su ofrecimiento.

Margarita lo cumplió. Ni los ruegos de sus padres, ni los de su hermana pudieron vencerla. Era muy hermosa, muy pretendida; pero no hizo caso á nadie, y nunca se alejó de Susana.

*
*
*

Vivieron juntas una larga existencia, sin apartarse una de otra ni un solo día. Vivían como si una sola voluntad las impulsara. Pero Margarita mostrábase más triste, más apesadumbrada, más abatida que la otra, como si la grandeza misma del sacrificio hubiese nublado su alma. Envejecía más rápidamente. A los veintiocho años blanqueaban sus cabellos, perdió la robustez y la salud; una enfermedad ignorada la consumía.

Su muerte se anticipaba. La mayor, á pesar de sus padecimientos inolvidables, la enterraría.

La enferma estuvo sin hablar toda la tarde y toda la noche. Al fin dijo, al amanecer:

—Quiero confesarme.

Y quedó excitada, estremecida, con los labios temblorosos, como si temiera que por ellos asoma-



ran frases terribles, con los ojos aterrados y las facciones descompuestas.

Vencida por el dolor, Susana, de rodillas á los

pies del fúnebre lecho, contenía sollozos y lágrimas, repitiendo:

—¡Margarita! ¡Mi dulce Margarita! ¡Pobre nena mía!

La llamó siempre «su nena»; la quería maternalmente.

Oyéronse pasos en la escalera y luego la puerta se abrió, apareciendo un monaguillo, al cual seguía el cura con sobrepeiliz. Al verlo, incorporóse la moribunda, y balbuceó tres ó cuatro palabras, rascando el cobertor con las uñas, como si quisiera clavarlas.

Acercándose á ella el anciano cura, le tomó una mano y la besó en la frente, diciendo con voz pausada:

—Dios la perdonará, hija mía; ha llegado su hora.

Margarita, estremeciéndose más cada vez, sacudiendo las ropas de la cama con su temblor nervioso, dijo:

—Siéntate, Susana, y oye mi confesión.

El cura, inclinándose para prestar apoyo á Susana, que seguía de rodillas, la hizo sentar en un sillón, y teniendo con sus manos cogidas una de cada hermana, oró:

—Jesús, Dios mío: dadle fuerzas, y tened misericordia.

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

Las palabras de Margarita, roncas, extenuadas, á borbotones, dejábanse oír:

—Perdón, perdón, hermana mía. No puedes imaginarte cuánto he temido que llegara este instante.

Susana exclamó sollozando:

—¡Pobre criatura! ¿Qué puedo perdonarte yo? Eres la sacrificada. ¡Pobre ángel mío!

Pero Margarita interrumpió:

—Cállate... Cállate... Déjame hablar... No me interrumpas... Deja que te lo diga... Es terrible y odioso... Escúchame... sin abrir tus labios... No te acerques tampoco... ¿Te acuerdas aún de tu Enrique? Sí; te acuerdas aún... Ahora comprenderás... Oye-me... Yo tenía trece años ¡trece años! Era tan mimada, que para mí no hubo imposibles... La primera vez que se presentó en casa Enrique, llevaba botas de charol. Apeóse del caballo y habló con papá... ¿Lo recuerdas? No me digas nada... Oye... Al verle, quedé sobrecogida y admirada... Me pareció tan hermoso, tan atractivo... y quedé atónita, contemplándole, mientras hablaba... Los niños á veces... tienen ideas terribles... Yo era muy niña, y aquel hombre me hizo delirar.

»Volvió muchas veces... Yo le contemplaba con los ojos muy abiertos; ¡le quería con todo mi corazón! Volvía con frecuencia; yo pensaba en él siem-

pre, y repetía su nombre á todas horas: Enrique...

»Luego supe que se casaría contigo. Aquello fué un pesar para mí... una tristeza muy grande... Lloré... lloré tres noches... Él nos visitaba todas las tardes, ¿lo recuerdas?... No hables... Oye... Tú le hacías unos pastelillos que le gustaban mucho... los hacías con harina, leche y manteca... ¡Oh! no me olvido; ahora mismo los haría yo también como aquéllos... Enrique los comía satisfecho, de un bocado, sin mascar, y tomándose después una copa de vino blanco, decía: «¡Son deliciosos!» ¿Recuerdas cómo lo decía?

»Yo estaba celosa... ¡Muy celosa! La fecha se acercaba... Sería tuyo... Enloquecí... Te aseguro que fué una verdadera locura. «No se casará con Susana, porque yo no quiero; no, no, no...» pensaba delirando: «Ha de ser mío, mío solo. Cuando yo sea mayor, me casaré con Enrique... No puedo querer á ningún hombre como le quiero á él.»

Un día, ocho antes del señalado para la boda, te vi de su brazo en el jardín... Y al llegar á los pinos te besó.

»Te oprimía entre sus brazos y te besaba... Un beso muy largo... Tú lo recordarás... Era sin duda el primer beso...

»Al volver, estabas pálida...

»Me dió una ira! De buena gana os hubiese matado...

»Insistí en mi pensamiento: «No se casará con Susana ¡eso no! Y con otra... no, ¡tampoco! Enrique me hace padecer...»

»Y comencé á odiarle furiosamente.

»¿Sabes lo que hice? Oyelo.

»El jardinero preparaba con polvos de cristal unas bolitas para matar los perros vagabundos... Recordándolo... cogí del tocador una botellita muy pequeña, la machaqué, y cuando preparabas unos pastelitos para tu novio, metí en ellos cuidadosamente aquel polvo brillante...

»Los comió de un bocado, como de costumbre, sin mascarlos... comió tres; yo uno, y disimuladamente arrojé al estanque los demás. A los cuatro días murieron los cisnes... ¿Lo recuerdas? ¡Oh! no me interrumpas... Calla y óyeme...

»Yo estuve siempre dolorida, enferma... Enrique murió... Esto no es nada... Lo más terrible... Luego... Escucha...

»Mi vida, toda mi vida... ¡qué tormento! Me dije: «No abandonaré á mi hermana.» Y resolví decírtelo todo en la hora de la muerte.

»Ha llegado mi hora... Y te lo digo.

»Todos los días, mañana, tarde y noche, pensaba



yo: «Es forzoso decirlo... Y aguardaba... ¡qué tormento! Aguardaba...

»En este instante... me horroriza... Si le viera más allá de la muerte... ¿Lo pensaste alguna vez?... En otro mundo... No me atrevería...

»No respiro... Muero... Perdóname... Sí; con tu perdón me atrevería, si le hallara... Tu perdón... Hermana, perdóname... perdóname...»



* * *

Y en silencio, palpitante, arañaba la colcha.

Susana, con la cabeza entre las manos, aterrada, confusa, no se movía. Pensaba en su Enrique, á quien pudo hacer dichoso. ¡Y ella hubiera sido aún más dichosa! Le veía resurgir de un pasado extinguido.

Aquel beso, el único beso, lo guardaba en el corazón. Y luego nada, nada, nada; una existencia inútil y vacía...

El sacerdote se irguió, diciendo con voz imperativa y vibrante:

—¡Se muere! Ha llegado la hora de perdonarla.

Y la vieja, extendiendo la mano, levantóse, y besando á la moribunda, murmuraba:

—Te perdono, sí; te perdono, ¡pobre ángel mío!



EL COLONO

EL barón de Treilles me había dicho: —¿Quiere usted inaugurar conmigo la temporada, cazando en mi finca de Marinville? Se lo agradeceré mucho. Allí estoy solo, generalmente, por dos razones: por lo difícil que resulta cazar en aquellas tierras, y porque mi casa es tan reducida, que sólo me permite hospedar en ella dos amigos á lo sumo, y han de ser de mucha confianza.

Yo acepté.

Salimos en el tren del sábado hacia Normandía. Nos apeamos en la estación de Alvimare, donde, señalando un viejo faetón al cual había enganchado un caballo asustadizo, cuya brida sujetaba un labriego, ya canoso, el barón me indicó:

—Ahí está nuestro coche; no hay otro de más lujo, amigo mío.